

R

A
R
Q
U
I
T
E
C
T
U
R
A

He aquí la nueva arquitectura. Hemos superado el frío racionalismo de Le Corbusier, la rígida composición de Theo Van Doesbourg. Las formas orgánicas sustituyen a los esquemas rígidos. He aquí la madera, la piedra, el ladrillo que vienen a enriquecer la austeridad del cristal y del acero. La casa se articula, se dobla en una perfecta adaptación al paisaje. Las preocupaciones estéticas nos llevan ya a coquetear con revestimientos gratuitos, con rusticidades folklóricas, quizás con formas demasiado espectaculares.

Estas serán, seguramente, las grandes posibilidades de la arquitectura nueva. Quizás iniciemos con ellas el alegre retorno de las duras jornadas de expiación, limpios ya de tantos errores, libres para jugar de nuevo a nuestro antojo con todos los elementos. Si vamos a salir de esta expiación será que ya hemos resuelto los graves problemas que la plantearon. ¿Es que contamos con una larga experiencia que nos permita superar el racionalismo constructivo? ¿Es que hemos superado también las gravísimas responsabilidades sociales y económicas de la arquitectura y el urbanismo que habíamos denunciado hace sólo 30 años?

Nadie puede tener una conciencia tranquila, pero hay quien se empeña en disimularlo. Es magnífico hallar en el Aalto de Viipuri o de Paimio, por ejemplo, como la geometría se humaniza sin perder nada de su misma austeridad, sin apartarse fundamentalmente del puro esquematismo racionalista. Pero es deplorable que nos estrellemos por el camino de la estética, quizás del decorativismo, que sobrevaloremos a veces factores psicológicos, cuando ni siquiera los graves problemas sociales, económicos y constructivos no han sido planteados. Quizás descubramos que precisamente en las grandes posibilidades que el post-racionalismo abría a la arquitectura estén también sus grandes limitaciones.

La generación que va entre Le Corbusier y nosotros ha sido una generación cobarde. Ha sido la generación que no se ha atrevido a mantener con toda su pureza el rigorismo de la nueva arquitectura. Es la generación que ha sufrido el acoso de la arquitectura nazi y mussoliniana, la que ha planteado equívocos tan peligrosos como el del urbanismo de Bardet, la que ha divulgado esa arquitectura orgánica que quizás empiece a ser un extraño elemento disolvente. La reacción ha tomado en arquitectura toda la apariencia de un movimiento auténticamente moderno. En ello está seguramente el gran peligro de nuestro momento.

Si la reacción toma formas aparentemente modernas es que la arquitectura auténtica va a triunfar en toda la línea. Precisamente por ello nuestra generación ya no puede ser cobarde. Podemos volver a invocar serenamente a Le Corbusier, a Gropius. Quizás este titubeo haya acabado enriqueciendo algo nuestro repertorio formal. Pero los problemas fundamentales que nos habíamos planteado hace 30 años están ahí con toda su crudeza, con toda la urgencia dramática de lo auténticamente actual.